

LA SAETA

SEMENARIO ILUSTRADO

Año X

Barcelona, 30 de Noviembre de 1899

Núm. 471



Derieux.

Stebing.

¡ Tiene gracia, hombre !

Pues señor, anda por ahí un Angel Belluga (pseudónimo) que escribe el *artículo de boca* de un periódico, siquiera lo que haga no merezca el título de crónica, y si el que le aplica él: «charla semanal», pues todo se reduce á charlar por los codos como las comadres; el cual *sujeto*, en uno de los últimos ratos de charla ó de *lata* que da á los lectores, la emprende con Clarín, á quien llama «crítico boer», haciendo un chiste á lo Arniches.

Y luego dice:

«Es decir, boer precisamente no.

Sud-africano sí.
De la Zululandia.

O de la Nigricia.
O del país de los Basutos.»

Todo eso así, tal como yo lo pongo, lo cual no deja de ser gracioso; pero se le olvidó añadir en otra raya corta:

Ahora rianse ustedes.

Porque sin esta oportuna advertencia, el lector se queda sin saber cuando tiene que soltar el trapo.

Y claro, opta, como más factible, por reirse de Belluga, que es lo que yo hice, á mandíbula batiente.

Después de todas esas cosas, Belluga se pone grave y nos dice que él no aspira á la inmortalidad.

Esto demuestra la modestia del autor, y además que á pesar de todo conserva algo de sentido común, al menos en el momento de escribir eso de la inmortalidad. Porque, pierda cuidado el señor Belluga, que no llegará á ser académico.

Y encima de no aspirar á la inmortalidad «renuncia á la gloria que le podría proporcionar el que el celebrado crítico le *pegase*».

Nó, nó; no se preocupe, no le dará ese *disgusto* Cla-



rin. Por más que si lo hiciera, adoptaría el mismo procedimiento que adoptó no hace mucho, con un tal don José de... *de?* que no aspiraba tampoco á la inmortalidad, y en efecto, Clarín le dió por el gusto.

Le *pegó* y lo dejó como estaba, anónimo.

Y miren ustedes lo que son las cosas: entre este Belluga (pseudónimo) y aquel don José de..., existen muchos puntos de contacto... Pero libreme Dios de afirmar ciertas cosas...

¡Ah! lo bueno es que ahora resulta, según ese señor, que Clarín no tiene donde escribir, excepción hecha del *Madrid Cómico*, porque en el *Heraldo* le cortaban ó le devolvían los artículos, en *El Imparcial* ya no le admiten, en *El Liberal*... está Arimón.

Y á esto se podría responder que en el *Heraldo* sigue escribiendo *Clarín* sin que le corten ni le devuelvan los artículos, porque precisamente entonces sería cuando no escribiera; en *El Imparcial* no escribe porque este periódico hace mucho tiempo que no publica Lunes literarios, y en *El Liberal*, en efecto, no escribe desde la tan famosa discusión con su crítico-gacetillero, lo cual no quiere decir que triunfara Arimón, porque éste ¡infeliz! triunfó, sí, pero triunfó entre la familia, que lo que es para los que veíamos de fuera la cosa, bien claro está que no hubo tales carneros.

Además, señor Belluga: Clarín escribe en *Vida Nueva*, en *La Publicidad*, en *La Ilustración Española y Americana*, etc., etc. Conque ya ve que no se ha quedado sin tribuna, como usted dice.

Que Clarín *bombée* inmerecidamente á Taboada, Arniches, López Silva, Zúñiga, etc. en eso estamos conformes y de eso se ha dicho en este mismo periódico algo con más oportunidad; pero lo demás nó, aunque le pese.

Que si le pesará, porque si usted es uno de los que silbaron *Teresa* será ó bien de los envidiosos de Clarín, ó bien de los muchos que no comprendieron la obra.

Y siendo una de esas dos cosas, hace bien en no aspirar á la inmortalidad.

Por mi parte puedo decirle que aunque también tengo el buen criterio de no aspirar á eso, fui uno de los que aplaudieron á rabiar la obra de Clarín en *Novedades* y además protesté con toda mi alma contra Pompeyo Gener, que no sabiendo como desahogar la rabia que le producía el exitazo dió en vociferar: «*está boig, está boig*». Otro infeliz como Arimón.

CARLOS RIA-BAJA



Diversión imprevista.



La Modelo

XV

Ser uno de otro es... es...

Era hombre Jorge en quien mandaban los nervios, no como tiranos irascibles, sino como señores sentimentales, muy pagados de su dominio: disfrazaban su condición despótica con no sé qué delicadeza sutil. Veíaseles, aunque parezca fuerte lo que digo, ajustar sus caprichos á las exigencias del gusto más refinado, por lo cual parecía Levia, no extravagante, pero sí sér raro, de los que se apartan del común obrar. De ahí provenía la facultad sugestiva que le daba efectivo poder sobre las gentes: y por eso él, aun siendo pequeño, no bajo de estatura, pero sí pequeño, luchaba con ventaja en cosas del amor y del cariño contra otros que no reunieran en su abono sino las bellezas físicas que todos los soñadores románticos han acumulado en los tipos de conquista pasional. Jorge Levia ejercía poder efectivo sobre los pequeños y los grandes, y particularmente, dadas las condiciones de su temperamento, sobre los niños y las mujeres. A los hombres no los sujetaba en absoluto, sino en cuanto su voluntad *tornadiza* le permitía la fijeza necesaria para aherrojar. Acabare con estas pinceladas ligeras de describir el carácter diciendo que bastábale entrar en un sitio desconocido para que todos fijasen la atención en su presencia, quizás porque — y esto lo pongo como ejemplo de estudio para las notabilidades médicas — en sus nervios se ofrecía un fenómeno, parecido al de la atmósfera cargada de electricidad: por acumulación, por lo que sea, yo no lo sé, operábanse descargas terribles, imponentes.

Pues en este incidente de su vida, cuando vió á María Ana, medio caída en sus brazos; cuando oyó de sus labios, no como acusación, como queja amorosa, el reproche de que amase á otra mujer; cuando notó que sus mejillas estaban húmedas de lágrimas tristes; de tal manera se exaltó su sistema nervioso que ni por un momento, lo que va en la efímera sucesión de un segundo, se aclaró en su conciencia la imagen de la querida, de la viuda, de la única mujer, que hasta entonces, consiguiera enamorarle. No vió más que á la doncella amorosa, dulce, á quien el llanto hacía parecer más linda. No vió más que á la mujer que lloraba.

¡Una mujer que llora! No hay poesía en el mundo de los sentimientos que pueda comparársele. ¡Hacer llorar á una joven pura, guapa, inocente! No hay sibaritismo que halague tanto á los que sienten la rara y singular afinación del gusto... de lo que los semidioses han llamado el sexto sentido.

Jorge contempló á María Ana con indescriptible embeleso. Sintió en seguida la *descarga* nerviosa: la abrazó, la estrechó en sus brazos con ímpetu de rabia; no fué un beso prolongado, inmenso, lo que estampó en su rostro, fué un verdadero delirio de ósculos dulcísimos. Con voz inimitable, blanda, de la que sin herir casi los tímpanos, resbala hasta las más secretas intimidades del sér, profirió:

— ¡Pero qué guapa estás, alma mía! ¡Pero qué rica eres, mora de mi corazón! ¡Pero si no hay en el mundo mujer que pueda disputarte mi cariño! ¡Pero si tú... si tú... ¡oh, hablarme de otros amores cuando te entrego en esta expansión de mi alma mi sér entero! ¡Di que nó, que nó... que... Nada, haz la prueba! arráncate de mis brazos que te atan para siempre á mi vida; de mi boca que te comunica mi aliento... y me verás caer helado, herido de muerte, como si de improviso faltase á mis pulmones aire con que respirar.

Y lo incomprensible: lo verdaderamente incomprensible en este caso, pero no menos cierto, porque yo juro por mi palabra honrada que ocurrió tal como lo cuento, es que María Ana también se olvidó en aquel punto del motivo en que se habían inspirado sus quejas



Contemplando su imagen.

con el huelgo fatigoso, á media voz, besándole á él extremosamente, preguntó:

—Me amas mucho... mucho ¿verdad?

—¡Que si te amo, alma mia!

Y era de ver el grupo que formaban sentados en el banco aquellos dos seres amorosos, dulces; ella con la cabecita inclinada sobre su pecho, mimosa, tierna, los ojos fijos en el semblante risueño, apasionado, ardiente, de su amigo, y él medio loco, mirando á su adorada como si sus pupilas fueran imán, muy encendida en ambos la color.

—¿Serás mío? — insistió la doncella.

—¡Seré tuyo! — respondió Jorge — ¡seré tuyo! pregúntame: ¿eres mío? ¿Sabes tú lo que significa ser uno de otro?

—Sí, sí: significa ser: tener voluntad de ser. Tú sabes más que yo; soy yo muy torpe ¿verdad? Pero yo quiero ser tuya, amarte, vivir para tu amor, vivir de tu amor... ignoro cómo expresarte lo que siento... ¡Si yo supiera hablar como tú hablas! ¡Te amo... te amo!

No me atrevo á describir ahora lo que pasó por el ánimo del venturoso amante: tendría que recurrir á los más complicados artificios de un estudio psicológico que consonasen con la juguetona maraña de una novela, y opto por declarar, sencillamente, que Jorge se pasó una mano por los ojos, que se le demudó el semblante, como si acabara de apurar la botella de una de esas bebidas traidoras, de las que marean el cerebro; que se puso de pie; que examinó tambaleando todas las salidas y entradas de aquella especie de vestibulo, y que á la postre de tan raras diligencias murmuró, poniéndose grave:

—Ser uno de otro... es... es ser uno de otro.

—¿Es amarse, verdad? — Replicó María Ana.

—Es amarse, si, alma mia; pero es amarse haciendo entrega de...

—Del corazón.

—Del corazón... eso, de la vida, de la existencia: es más: es confundir el aliento, de modo, que el ser que da su ser, olvida que es uno para imaginar que es otro. ¿Cómo te lo explicaré, mora icó'atrada?

Estas cosas no se explican. ¿Acaso no lo sabes tú?

—Nó.

Pausa solemne. Jorge contempló á María Ana con mirada de asombro. Luego fué mirada inquisidora la suya.

—¿De veras no lo sabes?

Resuelta, enteramente, sin desmayos, repitió la joven:

—Nó.

☆☆

Atardecía. Allí, en aquel ambiente, las sombras del crepúsculo eran de unas tintas vagas, poéticas, neblinosas, tales que convidaban á la unción y al recogimiento. Seguía María Ana sentada en el banco rústico, único mueble que con el cancel adornaba la pieza; Jorge se paseaba, de un lado á otro, mudo, pensativo, y sin saber por qué, triste, inquieto.

—¿Pero qué mujer es esta? — pensaba — ¡si no tiene precio! ¡si es... es como si, yo minero, hubiera dado con un filón... una pepita de oro, una mujer que no se parece á las otras. ¡Tiene la más rara de las virginidades, la virginidad de pensamiento! ¡Qué entrega, pero qué entrega la suya! ¡Si me asusto! ¡Si no me atrevo á hacerla mial! ¡Oh! ¡Conservar en su pristino estado ese tesoro debe ser una felicidad de Dioses! ¡Qué modelo para mi, qué modelo! Un modelo, justo. ¿No lo tiene el escultor para sus obras? ¿Y yo, artista como él, por qué no he de aprovecharlo?

En una de las vueltas se detuvo y profirió:

—Di, María Ana: me quieres ¿verdad que me quieres?

María Ana se puso de pie: abalanzóse á su amante, y echándole los brazos al cuello, repuso:

—Te quiero... ya ¿por qué negártelo? ¡Te quiero!

La apretó sin decir frase alguna Jorge, la apretó con vehemencia africana en sus brazos.

Interrumpió aquella escena muda la voz de la paralitica clamando desde dentro, quejumbrosamente:

—¡María Ana!

J. F. LUJAN



Cuento

Don Joaquín Pérez Arnal
 Gran Duque de la Chicharra,
 una noche tormentosa
 allá por Semana Santa,
 abandonó su vivienda
 acompañado de *Trazas*,
 sujeto en el cual el Pérez
 tenía gran confianza.
 —¿Mi Duque y Señor, decidme,
 si no molesta mi plática,
 donde en noche como ésta
 dirigimos las pisadas?
 El Duque miró al vasallo,
 se limpió luego la baba,
 y con la voz cavernosa...
 no le contestó palabra.
 (Cosa que al otro sujeto,
 maldito si le hizo gracia.)
 Siguiéron una calleja,
 pasaron por una plaza,
 el Duque mudo que mudo,
 y el otro, calla que calla;
 hasta que al doblar la esquina
 de una casa restaurada,
 fijó en la capilla el Duque
 sus animosas miradas,
 y exclamó:—¡Santa María!
 y el otro así:—¡Santas Pascuas!
 y prosiguieron la ruta
 que al Pérez le vino en gana.
 Llegaron á la calleja
 que de la *Sangre* llamaban
 y al oír cierto murmullo
 se puso el de Arnal en guardia,
 y mandó *guardar* silencio
 y que *guardase* la espalda,
 con toda prudencia el otro,
 su fiel vasallo, el buen *Trazas*,
 temiendo que se frustrase
 lo que allí á él le llevaba;
 no fué menester romper e
 con sujeto alguno el alma,
 porque todo el alboroto
 que detuvo sus pisadas,
 promovíalo un gatazo
 que perseguía á una rata;
 avanzó entonces el Duque,
 pegó fuerte dos palmadas
 y en tanto el pobre criado
 no entendía una *patata*.
 De pronto se abre una reja,
 tras ella, asoma una dama
 y parecen sordo-mudos
 porque con los dedos, *hablan*,
 el galán encopetado
 y la doncella liviana.
 Un rayo rasga las nubes
 y ella retira la cara,
 pero él, temiendo á la lluvia
 solicita una escala,
 y cuando intenta subir...
 tropieza y mete la pata,
 logrando tras largo tiempo,
 besar la faz de su amada.

.....

 ¡Y no he sabido una jota
 júrolo por mi palabra
 de lo que al fin sobrevino,
 ni qué fué del pobre *Trazas*!

MORENO



—¿Tampoco lo comprenderá ahora el estúpido?

Un anónimo

Hay un pueblo en la Mancha, de cuyo nombre puedo y no quiero acordarme, que es ni más ni menos, que la mayoría de los pueblos manchegos. Alrededores casi incultos, calles sin empedrar y sin nada que huelga á urbanización, habitantes .. ¿cómo lo diré para no exponerme á que un posadero, ó tal vez un alcalde me largue un varapalo y hasta pretenda enseñarme á escribir, aunque él ni siquiera sepa guisar?... En fin, yo he de decir la verdad cruda, porque cocida resultaría demasiado blanda; habitantes tan incultos como los alrededores de la población.

Por suerte suya, (de ellos), el secretario del Ayuntamiento no era tan bruto como el resto de los vecinos, Alcalde inclusive; sabía leer, escribir y contar, á su modo, eso sí, pues en las cuentas municipales había aquello de dos de la vela y de la vela dos son cuatro, etc., etcétera, etc... Tantas etcéteras como le daba la gana al secretario en combinación con la susodicha primera autoridad.

Formaba excepción entre todos los vecinos, por varios conceptos, don Fausto Rodríguez, persona muy leída y *escribida*: el único que sabía más matemáticas que el secretario, de lo cual era buena prueba que ningún año de langosta se presentaba sin que á la calamidad con alas se agregase la calamidad pedestre de los cien préstamos usurarios que hacía don Fausto para *favorecer* á sus paisanos.

Por lo demás, Rodríguez era una excelente persona, y tampoco le faltaba su hueso que roer.

Era casado, adoraba á su esposa, lo cual no le impedía tenerla á media dieta que él juzgaba glotonería digna de Lúculo; pero cada vez que pasaba revista á sus sacos de patacones, siempre en aumento, no podía menos de pensar:

—¿A quién dejaré yo todo esto? Mi mujer es próximamente de mi edad; no nos sobreviviremos mucho el uno al otro... ¿Y después?... ¡Malditos colaterales!

Esta exclamación demuestra que Rodríguez no

ignoraba en absoluto el derecho y no tenía sucesión directa.

¡Ese era el hueso que roía el avaro!

Su esposa, una labriega lozana y fresca cuando con ella se casó y que dejó de ser fresca y lozana al poco tiempo de su matrimonio, había peleado mucho por quitarle el maldito vicio que le impedía ser un completo hombre de bien. Cansóse de pelear y renunció á la lucha, sin que esto quiera decir que renunciase á tener sus caprichos y á satisfacerlos, aunque le costase turbar la tranquilidad doméstica durante unos cuantos días.

No muchos antes de celebrarse la feria ó como aquí, en Cataluña, se dice, la fiesta mayor del pueblo, la apacible calma en que don Fausto vivía se vió interrumpida, y no por cierto á causa de alguna nueva exigencia de su consorte.

Fué el caso que el cartero le entregó una epístola cuyo contenido era el siguiente:

« Señor Rodríguez:

» Si mañana á las cinco
» de la madrugada no ha
» depositado usted junto
» al primer olivo de la vi-
» ña de los Caleros, en-
» trando por la parte más
» próxima al pueblo, dos
» mil quinientas pesetas,
» será usted irremisiblemente
» asesinado, antes
» de veinticuatro horas.

» UN AMIGO »

¡Qué sarcasmo! ¡Un amigo que le exigía quinientos duros á título gratuito! Un efectista diría que la carta se desprendió de las manos de Rodríguez. A

fuer de hombre verídico he de decir yo que la sujetó con fuerza en sus crispados dedos, relejóla veinte veces y sólo después la estrujó y la tiró á un rincón convertida en pelotilla.

¡Quinientos duros! ¡Bajo pena de la vida!

¿Qué haría él? ¿Dar parte á la autoridad? Eso sería tonto. Sabíase que por los alrededores del pueblo andaba un desalmado secuestrador, cuya debía ser la cartita en cuestión, y se susurraba que el alcalde y el secretario iban á partir con tan honrado industrial.



—¡Conque me la pegaba!

Podía llegarse á la población inmediata, donde había puesto de la guardia civil; pero ¿y si era vigilado? ¿Y si le apresaban por el camino?

El autor del anónimo era, á juicio de Rodríguez, el temible secuestrador; sin embargo, por sí ó por no, á nadie, ni aun á su mujer quiso decir una palabra respecto al asunto.

Entró en cuentas consigo mismo é indudablemente hubo de pensar que diez mil reales valen mucho menos que la vida de un hombre, pues al día siguiente, antes que rayase el alba, después de haber colocado en un saquito la consabida suma, salió de su casa, encaminóse á la viña y lanzando unos suspiros que hubiesen partido los corazones de haber oídos que los escucharan, enterró al pie del olivo el precio de su existencia.

Luego, tal vez por falta de resignación para separarse tan pronto de las adoradas monedas, anduvo algunos pasos, halló en un accidente del terreno sitio propicio para emboscarse, hizolo así, y esperó.

Algunos minutos más tarde, apareció un indi-

viduo embozado hasta los ojos en parda capa; miró á todos lados, creyóse seguro, se inclinó hacia el pie del olivo, desenterró el tesoro... y en aquel instante oyéronse sucesivamente un disparo, un grito de angustia y una carcajada de alegría, que tenía algo de diabólica.

Rodríguez, con ojo certero, había hecho fuego sobre el ladrón y al verle caer, no había podido contener la risa.

Con saltos de tigre lanzóse á rescatar la codiciada suma, arrebatóla de la mano del caído y, observando que éste seguía inmóvil, le quiso conocer.

Un grito ronco, inarticulado, al que siguió una carcajada estridente, muy distinta de la que antes había lanzado, brotó de la garganta del avaro.

¡Había dado muerte á su esposa, autora del anónimo, que no había encontrado otro medio de procurarse la cantidad necesaria para hacer en la casa reparaciones y gastos que no la permitía realizar la codicia de su marido!

BLAS QUITO



Allá va la nave.

Puerta sin llave

Te dí mi corazón; con el jugaste;
Tu cariño lo abrió y en él buscando,
Sus rincones más hondos registrando
Henchido de ilusiones lo encontraste.
Con fiera lentitud y una por una,
Arrancándolas fuiste como flores:
El sufrió resignado sus dolores,
Y aun el sufrir por ti tuvo á fortuna.

Cada día más pobre, más pequeño
Ni para protestar alientos tiene,
Siempre espera en el día, que no viene,
Que reciba algún bien del dulce dueño.
Ciego de indignación, antes que acabe
Este horrible despojo, con gran miedo
Me apresuro á cerrarlo. . mas no puedo
¡Me falta tu cariño, que es su llave!

FRAY TEÓGENES DE LA MERIENDA.



Coquetería.



Judía en el serrallo.

El último Buenacara

De padres á hijos fueron ocupando el modesto empleo y se perdía en la *noche obscura de los tiempos* el origen de aquella familia. Probablemente eran contadísimas las personas que sabían en la aldea el nombre verdadero de los *Buenacara*, apodo con que eran conocidos todos desde tiempo inmemorial, tal vez porque uno de los antepasados de carácter alegre y regocijado había repetido de modo extraordinario y sin ton ni son aquel refrán castellano que dice: «A mal tiempo buena cara.» Advierto que el origen del nombre puede ser otro, y que no me extrañaría saber que se llamaban de aquel modo por otra causa.

Los *Buenacara* habían sido campaneros toda la vida, y el destino parecía haberse hecho hereditario: ni á nadie se le ocurrió pensar en ocuparlo, ni hubo uno siquiera de los *Buenacara* que la pusiese mala al hacerse cargo de aquella especie de fortuna, capitalizada.

Pero vengamos al último de aquella generación que es tal vez el único que merece los honores de la historia, siquiera parezca ésta novelesca y sea de las que interesan poco, precisamente por ser narradas por mí.

De encender velas, apagar cirios, ayudar á misa, llevar la manga parroquial en las procesiones, entierros y rogativas, salir con el cepillo á dar una vuelta por la iglesia, pidiendo una limosna «para las benditas ánimas», ayudar á los curas á revestirse y otras cosas que le incumbieron de rapaz y durante sus primeros años de mozo, el último *Buenacara* se encargó del campanario á la muerte de su padre, que dejó este mundo con la pena de que, tal vez, en su hijo iba á extinguirse aquella honrada

raza de campaneros, que, tan á satisfacción de todos había tocado las campanas de la Aldea durante tantísimo tiempo.

Los temores del padre no estaban desprovistos de fundamento desgraciadamente. El hijo era el sér más raro y feo que puede concebirse, tanto, que desde que tuvo uso de razón no se atrevió á salir á la calle, á no ir en *acto del servicio*, por el temor de que se mofasen de él.

Era su cara de lo más estrambótico que puede darse, y de uno de esos feos que asustan y dan lástima. Las cejas peludas y ásperas, la frente deprimida, la boca grande, contraída siempre de modo que enseñaba un puñado de dientes negros montados unos sobre los otros, como si se los hubieran colocado mal á propósito; las orejas grandes y caprichosamente plegadas; la nariz porruda; los ojos pequeños, guarnecidos de largas y gruesas pestañas á manera de pinchos protectores.

Coloquen ustedes esta cabeza, — que tenía la figura de un pepino, los detalles (ojos, nariz...) de que antes hablaba, sin orden ni concierto, — en un cuerpecito raquíptico, pequeño, giboso por delante y por detrás, y podrán ustedes formarse idea aproximada de este nuevo Cuasimodo.

Razón, pues, tenía el padre en morir con sentimiento de que en él iba á extinguirse



El despertar de Eva.

la familia. ¿Quién podría querer á *Buenacara* cuando parecía estar hecho por el diablo para mofarse de la humanidad?

Lo peor que podía haber hecho la Naturaleza, para enseñarse con aquel pobrecillo, lo hizo: en aquel cuerpo deforme había encerrado un espíritu perfecto, un alma como la de los demás hombres y, con esto, los deseos, las aspiraciones, las pasiones malas y buenas se encerraban en aquel pecho.

Empezaba el muchacho por comprender que su nombre estaba dándose de puñadas con todo su sér y maldecía furioso en su interior del primero que tuvo el atrevimiento de llamar *Buenacara* á aquel de sus antepasados que hizo célebre el nombre y lo pasó á su hijo, para que de esta manera llegase á él y sonase en sus oídos como el más terrible de los sarcasmos.

Como el pobre campanero tenía corazón y hubo un ángel que siempre le acarició moralmente, haciéndole obsequios, que sabe Dios lo inmensamente que él agradecía, *Buenacara* acabó por tener el mal mayor que imaginarse puede: se sintió locamente enamorado de Pilar, preciosa muchacha que desde niña habíale prodigado los caritativos consuelos de la amistad.

Pilar se había reído de él la primera vez que le vió. Esto le costó una reprobación de su madre, señora caritativa.

Buenacara era también hijo de Dios y heredero de su

gloria; debía, pues, tratarle como á los demás, mejor si era posible, puesto que bastante desgracia tenía el pobre con ser como era, y estar siempre expuesto á las burlas de tanto impertinente y mal educado como hay en el mundo.

Esto le quedó grabado en la imaginación á Pilar, y su alma caritativa hizo desde entonces cuanto en obsequio de aquel desgraciado pudo. El, vió en aquellas atenciones de la muchacha un cielo tanto más grato cuanto que todos se le reían y raro era el que no iba á zaherirle. De comprender es la respetuosa adoración que andando el tiempo llegó á ser pasión devastadora tan [potente como comprimida. Si para *Buenacara* había un rato de tranquilidad feliz, si su espíritu agitado siempre violentamente tenía un momento de claridad era cuando veía á la muchacha en la iglesia. Mirábala extasiado, creyendo estar en presencia de divina visión: se transformaba, pero para ponerse más horrible, si cabe, y con seguridad que si Pilar hubiera visto el brillo de aquellos ojos habría recibido no poco susto.

Llegó un día fatal para *Buenacara*: la muchacha se puso mala, muy mala; lo supo porque tuvieron que viaticarla y desde aquel día él que había tratado siempre con poco respeto á las imágenes por estar familiarizado con ellas, cuando se quedaba solo en la iglesia, recorría todos los altares pidiendo de rodillas por la salud de la enfermita, de la casta virgen de sus sueños. Malo era no poderle decir



La solitaria del bosque.

LA SAETA

nada, ni descubrirle su pecho, y demostrarle claramente que dentro de él había un corazón amante y un alma capaz de comprender y encerrar todas las delicadezas del mundo: muy malo era sí, ¡pero y perderla! No quería pensarlo; se volvía loco, completamente loco de dolor... Y las lágrimas salían de sus ojos á borbotones mientras le pedía al Cristo Crucificado que le conservase aquel consuelo único de su vida; tocaba las campanas con cuidado, como no queriendo hacer ruido para evitar que las ondas sonoras llegasen á los oídos de Pilar, haciéndola padecer.

No valió aquello; los santos no oyeron las oraciones de *Buenacara*, y pasados unos días Pilar subió al cielo.

Al recibir la noticia el campanero sintió como si le desgarrasen el alma sin piedad y pateó insensatamente, rugiendo como fiera enjaulada; después quedó inmóvil, agotadas las fuerzas, en estúpida actitud. . Cuando tuvo que tocar las campanas lo hizo con furia, queriendo atolondrarse. El día del entierro, más que tocar á él parecía tocar á violenta desesperación. Veía desde la torre el cortejo fúnebre, marchando con lentitud hacia el cementerio y á la cabeza de él una caja blanca larga y estrecha. Allí iba encerrada Pilar.

Por la cabeza de *Buenacara* pasaban ideas lúgubres y de buena gana se hubiera tirado de cabeza á la plaza, para estrellarse allí. ¿Para qué quería la vida? Retrocedió ante la idea de que en el entierro de la adorada de su corazón faltasen las campanas. Había que llegar hasta el fin, hasta que el cortejo llegase al cementerio.

Llegó la hora. Las puertas del campo santo se abrieron para recibir al nuevo huésped; *Buenacara* cesó en su loco repiqueteo y se asomó á uno de los huecos de la torre mirando con avidez á aquella gente que marchaba triste y silenciosa, y cuando vió que todo había concluido, cuando empezaron á tapiar el nicho en que quedaba Pilar, se apoderó de él un vértigo horroroso, y alzando los puños en actitud amenazadora mientras miraba el cielo con expresión de odio, dió un salto horrible y fué dando vueltas á estrellarse contra las piedras de la plaza.

RAFAEL RUIZ LOPEZ



Terceto adorable.



Por una mujercita
de tal salero,

si tú lector, no mueres,
yo sí me muero.

Fatalidad

Fué una campanada. Todos los vecinos del pueblo hacían sabrosos comentarios acerca de acontecimiento tan raro.

—¿Por qué se habrá deshecho la boda?

Tal pregunta se hacían todos, sin que ninguno diera una respuesta satisfactoria.

Lo cierto era que, de la noche á la mañana, el

enlace proyectado entre Emilia, la sobrina de don Lucas Pardal y un bizarro capitán de infantería, se había quedado en dicho. El novio abandonó el pueblo sin decir esta boca es mía.

Lo ocurrido no era cosa extraordinaria, según supe más tarde, aunque sí digna de referirse.

—En todo ello — me dijo el *tio Calcetas* — anduvo la mano de la *fatalidad*.

—¡De la fatalidad! — exclamé sorprendido.

—Sí, señor. Allá va el caso. Era el 15 de Noviembre del año 18... Daba la última campanada de las doce en el reloj de la iglesia, cuando un fuerte repique interrumpió el silencio de la noche. La casa en donde tan á deshora habían llamado, era la de don Lucas Pardal, médico de este pueblo.

—¿Quién va? — preguntaron desde la ventana.

—Soy yo, el *tio Calcetas*. Pero ande usted de prisa — agregué — porque en la posada hay un agonizante.

A los pocos minutos y arrebujaado en una gran capa de paño, pues el frío era intenso, salía el médico de su casa y juntos emprendimos el camino que nos separaba de la posada. Una vez en ella, preguntó el doctor:

—¿Quién es el que se muere?

—Yo no sé decir á usted, — respondió el posadero — pero serían las diez cuando oímos á lo lejos el desesperado galope de un caballo que, sin duda, venía por el alto de la carretera; no había aún transcurrido una hora, cuando se nos *coló* éste (dijo señalándome) con un hombre entre los brazos.

—¿Y dónde está ese sujeto?

—Arriba, en el cuarto número tres.

—Ea, pues vamos á verle.

Subimos ambos por una angosta escalera, y al final de ella, penetramos en el citado aposento en donde, tumbado sobre una cama, se hallaba un hombre aletargado, sucio de sangre.

Al mirarle, don Lucas estuvo á pique de caer al suelo sin sentido. Pero no cayó.

—¡Dios mío... él!

—¿Le conoce usted? — pregunté.

—Sí, le conozco; pero te ruego que á nadie, absolutamente á nadie, digas lo que has visto esta noche, porque presiento una desgracia. — Y mirando recelosamente en torno suyo, añadió:

—Baja; — haz igual encargo á los venteros y vuelve á subir, porque quizás te necesite.

Cumplidas las órdenes que se me habían dado, me encontré á don Lucas fuertemente abrazado con el paciente, que acababa de volver en sí:

—¡Hermano mío! ¡Antoniol!

—¡Tú! ¿Eres tú, Lucas?



¡Pícaro curiosidad!

— ¿Qué significa esto?

— No es nada... me caí del caballo...

Después de reconocido trasladamos el herido al domicilio del doctor.

— Voy á explicar á ustedes — nos dijo don Antonio — por qué me encuentro en este pueblo.

— «Hace quince días — empezó — fué descubierta en Madrid una conspiración carlista. La mayoría de mis compañeros están presos y yo, gracias á mis amigos y á este disfraz de labriego, conseguí evadirme, llegando después de mil trabajos y fatigas hasta Victoria, donde sospechando que iba á ser detenido, salí escapado cayendo reventado el caballo que montaba á poca distancia de este pueblo, donde ignoraba encontrarte, Lucas. La Providencia, sin duda, me ha traído á tu lado y antes de partir á donde el deber me llama, tengo que pedirte un favor para mí de la mayor importancia.

— Habla.

— Mañana, si es posible, deseo salir de aquí, para incorporarme á las filas del *Pretendiente*. En Madrid dejo lo que más amo en el mundo, mi mujer y mi hija. Tengo el presentimiento de que he de morir en la campaña... tráelas á tu lado y vela por mi hija como si fueras su padre. ¿Me lo juras?

— ¡Lo juro! — dijo don Lucas torpemente, balbuceando.

Cuantos medios pusimos en práctica para disuadirle de su empeño, fueron inútiles y dos días después, abandonaba don Antonio este pueblo y más tarde se unía el grueso de la fuerza mandada por Zumalacárregui.

Seis meses habían pasado desde su marcha, cuando recibimos la noticia de que la columna que mandaba dicho general carlista había sido derrotada, y los jefes que sobrevivieron pasados por las armas. Entre éstos se contaba el coronel don Antonio Pardal.

Hoy hace diez años, que terminó la sangrienta guerra civil, con el abrazo de Vergara; y uno que llegó á este pueblo, para reponer su salud, el sobrino del señor cura, que es ese capitán de infantería que ha visto usted varias veces en el domi-



Tipo de invierno que abrasa á todo aquel que la mira,

Reuinger
y hace creer á las gentes que el frío es una mentira.

cilio de don Lucas. El capitán y la sobrina del médico, se vieron, se trataron y concluyeron por amarse. Así iban pasando los días. Ya la boda estaba señalada para este último domingo, cuando el sábado llegó un antiguo amigo suyo. Hablando de varias cosas, recayó la conversación sobre la pasada guerra, y el amigo del médico contó *c* por *b*, todas las peripecias que le ocurrieron en la campaña; cómo fué fusilado el pobre coronel Pardal y de qué manera escapó el milagrosamente de una muerte segura.

— ¿Y dónde tuvo lugar ese fusilamiento? — interrogó el cura que se hallaba presente.

— Pues en la carretera de Ormaiztegui.

Al oír esto el capitán se puso pálido como la cera y con voz balbuciente exclamó:

— ¡Dios mío... qué fatalidad!

Y añadió sin darse cuenta de las palabras que

LA SAETA

pronunciaba, ni de la impresión que hacían.

—¡Yo, yo fui el que mandaba el *pelotón* y el que ordenó la voz de fuego!

Lo que allí ocurrió no hay quien lo describa, pues la declaración hecha por el novio de Emilia, causó el efecto de un rayo. La pobre muchacha,

que está como loca, ha jurado solemnemente que no se casa y el firme propósito de consagrarse al servicio de Dios». Esto es todo lo ocurrido y ya ve usted como tenía razón al asegurarle que era obra de la *fatalidad*.

ENRIQUE ASENSI



Marville.

Stebbing.

* * *

Cuando mi madre murió
pensé morirme de pena:
sólo pudo consolarme
el verte llorar por ella:

que aquel llanto tan sentido
me probó si me querías:
¿no ha de quererme de veras
quien llora las penas mías?

F. CUENCA PI

Cree Roque que está Elvira
loca de amor por él, por que anhela:
en él fija sus ojos y suspira...
y yo he sabido, que la chica mira
á su botonadura de brillantes.

LUIS AGUDO

Una ópera de Wagner

Impresiones íntimas.

El prelude es tan sencillo, que el auditorio lo acoge con religioso silencio. A los acordes de inspirada canción anímase la orquesta y surge de improviso el derroche de mil notas, arrancando á los artistas intérpretes del drama lírico, acentos de ternura.

Paulatinamente se suceden las escenas, complicase la acción expresada en distintos tonos por la diversidad de instrumentos.

El genio del compositor realza el conjunto, llegando al periodo culminante del gran poema.

No abundan las romanzas, tercetos ni concertantes. Apenas hay coro, ni hace falta. La obra se escucha deleitosamente, gracias al talento de Wagner, el cual adorna su partitura con maravillosos efectos de instrumentación.

Resaltan en la parte melódica, inspiradísimos acentos cuya sonoridad arrebatada.

Predominan en el célebre músico todos los ideales del arte: el romanticismo, con sus cantos épicos; la estética, simbolizada por suntuosas residencias señoriales y frondosos bosques.

La ópera se titula *Tristano é Isotta*, y su argumento constituye una historia pasional que conmueve desde el principio al fin.

Las escenas íntimas dan ocasión al insigne maestro alemán para lucir sus habilidades de

poeta, vertiendo en la parte musical la inspiración á raudales, y expresando en vibrantes sonidos la intensidad de una pasión loca que transporta á Wagner al idealismo, haciéndole desbordar su fecunda y rica imaginación.

Sólo así se concibe que escribiera el duo del segundo acto, en el cual la escena está convertida en formidable castillo rodeado de bosques y deliciosos jardines. Todo es allí plácido. El murmullo de los riachuelos, de los árboles, del airecillo... La luna difunde su argentada claridad sobre el paisaje, embelleciendo la noche.

Tan encantadores sitios embelesan á Wagner y en boca de *Tristano é Isotta* pone la creación más grande que se ha hecho en su género.

Tiernas declaraciones de amor, promesas, suspiros, caricias; todo está concentrado en una composición lírica de primer orden.

Hay notas que semejan besos. Las hay suaves y halagadoras. Ecos sublimes; conjunto de filigranas que arroban, comunicando al espíritu sensaciones desconocidas...

¡Oh, Wagner! Tú eres el único que has sabido deleitarme, envolviéndome en misteriosos cánticos que me han hecho estremecer de gozo y de admiración.

FRANCISCO COLLADO



Decididamente, se puede dar algo bueno por verla sonreír.

Cañitas

Sucede con tus palabras
lo que con las hojas secas,
unas van tras de las otras
á donde el viento las lleva...

Los amores verdaderos
han de ser de fecha larga;
¡que nunca se va mejor
que cuando es la ropa usada..!

A tus ojitos azules
no los quiero ver llorar,
¡que el cielo se pone triste
cuando anuncia tempestad..!

J. ENRIQUE DOTRES



Decía un abogado á cierto ladronzuelo, á quien acababa de poner en libertad con una magnífica defensa:

—Ya me puedes estar agradecido; tu salvación es casi un milagro.

Y el cliente le respondió con los ojos húmedos de lágrimas:

—¡Ah, señor! soy pobre para recompensar ese beneficio; pero no tenga usted cuidado, lo primero que robe será para usted.



El actor Pepe Gilé
como actor no vale nada,
pero tiene pretensiones
entre la *genie de tablas*;
le han repartido el *segundo*
de cierto aplaudido drama,
y cuando alguno le ha dicho:
—¡Qué buen papel, camarada!...
Contesta con displicencia:
—Tan sólo es papel de *barba*...



CHARADA

Cuando *cuarta* con *segunda*
la señorita *tres cuarta*,
con su *cuarta dos tercera*,
deja á la gente admirada.
Primera dos tres la quiere,
prima terciá la idolatra,
y los dos están reñidos
por su palmito y su gracia.
Tres cuarta prima dos, mucho
por ser muy *Todo* y muy *guapa*.

J. J. GUTIÉRREZ RAMOS.



Logogrifo numérico

- 1 2 3 4 5 6 — Nombre de varón.
- 1 4 5 6 2 — Parte de la boca.
- 1 4 6 2 — Animal.
- 2 6 2 — Parte de las aves.
- 5 6 — Artículo.
- 2 — Vocal.
- 6 2 — Nota musical.
- 2 3 2 — Nombre de mujer.
- 6 4 3 2 — Satélite.
- 5 6 5 3 2 — Nombre de mujer.
- 1 2 3 4 2 6 — Libro táctico.

UN RUBIO.



Jeroglífico comprimido

7 pesetas uno SO

DON GERVASIO.



Cuadrado

X	X	X	X
X	X	X	X
X	X	X	X
X	X	X	X

Substituir las X por otras letras, de forma que vertical y horizontalmente resulten: 1.^a, habitación; 2.^a, historia que refiere los hechos por años; 3.^a, tejido y 4.^a parte de las aves.

FROILÁN FUSTER.



Soluciones á lo insertado en el número anterior:

CHARADA. — Tabaco.

TERCIO SILÁBICO. — RA - MO - NA
MO - DES - TA
NA - TA - LIA

CUADRADO. — VENUS
ENERO
NERON
UROSA
SONAR

JEROGLÍFICO COMPRIMIDO. — Novela.

Correspondencia

Naturalmente. — Claro, naturalmente, ha errado usted la vocación amigo; usted deb era ser lugarteniente, ministril, ministrable, de aquellos que al medrar llevan consigo por lema la justicia justiciable. ¿Le importa un bledo el *ado* y se le da de la Academia un *igo*? la vocación ha errado usted amigo, y pues la hache le tiene sin cuidado, naturalmente digo. si «no pone ni quita en el dictado,» que está *errado* con hache, ó sea, herrado.

H. del J. — ¿Acertijo, con H? Adiós, *ombre*.

R. N. V. Aprovecharé uno ó dos. De lo *bueno*... poco.

F. M. — Pásese por el Condal:
La Peña le espera á usé
con propósito formal
de recortarle el tupé.
H y un doctor, un letrado,
un reporter de bolina,
un oficial del Estado
y un oficial de marina.
Otro dos que juegan bien
una mesa a carambolas;
muchachos todos de tren,
y amigos de bataholas.
Y preparado están,
si es grave su desvarío,
á contesarle un Deán,
y á ser indulgente un Pío.
Eso sí; usted no se escapa
sin lo que le r comiendo:
traígase puesta una chapa
y en el bolsillo un remiendo.

F. del A. L. — El *Taxis* sirve. La charada nó. *Estuvo* se escribe con v.

A. A. M. — Publicaré los pa atiempos.

N. P. D. — ¡No sea usted morrall
Nabar no es consonante de barral;
ni barral es palabra castellana,
será voz transwaliana.

Don Gervasio. — Tomo nota de sus deseos.
V. A. M. P. — Utilizaré algunos.

Bequier. — «¡Oh yo al coger sul mano
 de límpida frescura
 y su alma llena de frescura»...

Frescura de frescura es consonante,
 pero se me figura,
 que aquel que usa artificio semejante
 da pruebas de tener mucha frescura.

«Me daba la mar de valor
 ¡ah lol! ¡ay sí! ¡ay cuanto!»

¡ay! ¡ay! ¡tristeza, horror!
 ¡iral! ¡desolación! ¡pavural! ¡espantol!
 frío en los dedos, cáñamo en las suelas
 ¿qué le pasa, señor?
 le duelen por lo visto á usted las muelas.

»Y luego la ingratora
 por detrás me llamaba burro
 como si los burros y las burras
 se conocieran por detrás.»

Posible es que no tengan
 las burras y los burros ese trato,
 pero creo que está fuera de duda
 que resulta muy bien hecho el retrato,
 y que ella talentuda,
 ha andado diligente
 en conocer de usted lo más saliente.

N. C. — No. — W. L. — No — *Sigfrido.* — No. —
 M. G. — Muy sobado el recurso, y a demás muy malos.
 — S. O. — No. — *Valiente.* — No desmaye. — R. M. E. —
 No. — D. T. — No. — J. H. de la K — L. contestaré otro
 día; no hay espacio para más.

Prohibida la reproducción de los originales de este número.

CRÈME SIMON

à la glycérine

Poudre
 de riz Simon



Savon
 à la Crème Simon

Maravillosos para la

TOILETTE DIARIA

Preservan el rostro de las influencias del FRIO, del SOL, ó del
 aire del MAR. Blanquean y suavizan divinamente el cutis.

J. SIMON ♦♦ 13, Rue Grange-Batelière, 13 ♦♦ **PARIS**

LA SAETA

Semanario Ilustrado

Toda la correspondencia
 al administrador D. PEDRO MOTTILBA

Rambla del Centro, kiosco número 3

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España y Portugal, semestre.	6 pesetas.
Año.	11
Extranjero y Ultramar, un año.	17
Número corriente, 20 céntimos.	
Número atrasado, 30 céntimos.	

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las sus-
 cripciones empiezan el primero de cada mes. — Pago adelantado.

Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba y
 las inyecciones. Cura los flujos en

48 HORAS



Muy eficaz en las enfer-
 medades de la vejiga:
 Cistitis del cuello, Ca-
 tarro de la vejiga, Hema-
 turia. Cada Capsu-
 la lleva el nombre

PARIS, 8, rue Violonne, y en las principales Farmacias.

Establecimiento tipográfico «La Ilustración», calle de Valencia, 311. — Barcelona.





20 cénts.

Núm 472.

